

“La hora de Dios”

Recuerdo del homenaje que la ciudad de Zaragoza dedicó a nuestra ilustre

Fundadora Rvda. Madre María Rafols el día 15 de octubre del año 1923.

Jamás he dado ora cosa

a Dios que amor:

Él me devolverá amor

Estamos en presencia de una hora solemne y augusta: hora escogida por Dios para hacer brillar la gloria de una de esas almas predilectas; hora elegida por Él para llevar los corazones de sus hijos ante esa nueva prometida de su Corazón, mientras tierna e insistentemente les dice: Amadla, pues me amó, y Yo me complací en ella. ¿Quién no siente estremecerse de entusiasmo, ante los primeros resplandores de este nuevo sol de la Iglesia Católica, que se llama Rvda. Madre María Rafols? Y nosotras sus hijas ¿no tendremos el noble deseo de conocer paso a paso, las trazas admirables que Nuestro Señor va utilizando al tratar de engrandecer a nuestra Madre? En efecto: no sólo la grandeza y majestad es el signo característico de las obras de Dios, ni justamente lo que más me enamora en ellas. Junto a esa grandiosidad soberana, que arroja al alma en las profundidades de la adoración más absoluta, entra también la delicadeza del amor en todos y cada uno de los detalles que cautivando el corazón le hace prorrumpir en un eterno “gracias, Señor, gracias”. ¡Qué luces más provechosas no sacaríamos de la observación de esa delicada ternura, con que el Señor dirige todos nuestros grandes sentimientos! ¡qué torrentes de amor no brotarían del corazón agradecido de todas las Hermanas si pudieran palpar ese amor íntimo con que siempre nos ha distinguido el Señor! y singularmente para las jóvenes, para esas queridas novicias, qué alegría el poder conocer la ternura del Amado de su alma, en todos los pasos que desde su fundación ha dado su familia religiosa, y sobre todo ¡qué enseñanza! Pero este punto de vista me llevaría muy lejos de mi asunto. Entremos pues de lleno gozosamente en él, seguras de encontrar maravillas de amor, que nos harán estremecer de alegría.

Veinte, treinta, cuarenta, cien años ¡cuán largos parecen a nuestro impacientes corazones, que siempre anhelan y nunca descansan! Y sin embargo, a los ojos de Dios, ese tedioso tiempo, tan interminable según nuestras ansias lo proclaman, no es más que sombra vana: “mil años, ante la divina presencia, son lo mismo que el día de ayer que ya pasó”. Por eso Él no se precipita, toma todo el tiempo que es necesario para la consecución de esa obra admirable: la perfección de una de sus almas elegidas. Él la cultivaría con esmero y después de habérselo dado todo: dones de naturaleza y gracia, medios, alientos, fortaleza, energía... mostrará orgulloso su obra, en los resplandores de una gloria que deslumbra; pero esta gloria no aparecerá sino en tiempo oportuno cuando será más espléndida y provechosa. Y tal ha sido el plan maravilloso de Dios en la glorificación de nuestra Madre. Y en verdad que no se sabe qué admirar más: si la prisa de Dios para adornar desde su primera edad con todos los dones aquella alma privilegiada, que para Él solo había formado, o la amorosa espera de su Corazón Paternal, en la glorificación de su hija predilecta y esposa amadísima, para poder colocar sobre su frente virginal, todos los resplandores de una maternidad fecunda y asombrosa. Pero no pasemos tan de corrida sobre tan tierno espectáculo, detengámonos en contemplarlo con lágrimas de agradecimiento. Miremos asombrados, primeramente, los dones singulares con que el Señor la enriqueció, y la fidelidad con que ella correspondió a tantas gracias. Fortaleza,

dulzura, invicta paciencia, santa audacia en las empresas más atrevidas, modestia y pureza angelical y, sobre todo, caridad ardiente, que la hizo más grande que el infortunio y que la muerte.

Como un artista contempla embelesado una obra perfecta que sale de su corazón, el Señor contemplaba a su sierva, hecha a imagen suya, abrasada como Él en ese fuego santo que transforma y eleva todo lo que toca. Cuando la veis intrépida, a través de la metralla, desafiando el peligro, buscar un socorro (audacia inaudita sólo concebible en la fe de una alma santa) en el mismo campo enemigo, preguntase uno admirado qué le falta a ese corazón de fuego, para ponerle junto a Juana de Arco; y cuando la veis sufrir sin quejarse, sin pronunciar una palabra de defensa, destierros y prisiones, mientras su corazón ama y bendice todavía, brota espontáneamente esta pregunta: Señor ¿por qué guardáis ese tesoro? ¿por qué no lo mostráis ya al mundo? ¿cabe imaginar nada más grande ni nada más bello?

Pero ¿quién detendrá al Señor cuando Él quiera derramar sus dones? ¿crees que se trata de un artista vulgar, que no encuentra recursos, para añadir belleza sobre belleza (p. 449) a sus obras? ¿no presentís que aún falta algo a la corona de la heroína? ¿no os parece que la gloria de su obra será nueva gloria añadida a su vida de abnegación y sacrificio? ¿no será maravilloso contemplarla en su posteridad y verla revivir con su espíritu de humildad y caridad ardiente, en el corazón de cada una de sus hijas?. Callad criaturas todas, y adorad en silencio los planes maravillosos de Dios, no os queráis anticipar a Él; hay que dar tiempo para que ese río de amor, que brota del corazón de la Madre Rafols, recogido por sus hijas se extienda por España y América; es necesario que aquellas oleadas de fuego, calienten el corazón de España, y más poderosa que las distancias, las salven, y allá lejos vayan a templar y a modelar nuevos corazones, y entonces podrá el Señor decir: Ahora os la presento en la majestad total de su obra: miradla en sí misma; qué pura, qué amable, qué abnegada; miradla en su obra, en esa Congregación de Hermanas de la Caridad de Santa Ana, que brotó de su corazón; qué grande, qué inmensa, qué extraordinaria. Ésta es mi hora, el reloj divino ya ha sonado. Pero ¿cómo? Oíd, contemplad y bendecid.

El agradecimiento de una Hermana, por un favor a ella concedido por nuestra Madre, abrió nuevamente su sepulcro venerado ¿cómo no aprovechar aquellas circunstancias para bajar a la cripta bendita el mayor número posible de Hermanas, residentes en Zaragoza, aquel venturoso día? Aún recuerdo enternecida la impresión que causó a mi alma el miserere que cantaron las novicias rodeando el sepulcro. No sé, algo extraordinario flotaba en el ambiente y comunicaba a las almas una impresión de beatitud y de paz dulcísima; parece que el alma de nuestra Madre nos miraba y bendecía. Lo cierto es que todas salimos de allí con nuevos alientos y con un aumento de devoción tan grande a la memoria bendita de nuestra Fundadora, que ni su recuerdo se apartaba de nuestra mente, ni su nombre de nuestro corazón. Por todas partes se oía como un murmullo que interrogaba sin cesar ¿cuándo empezarán los trabajos que han de llevarla a su glorificación en la tierra? ¡cuán cercano estaba ese día!

Hay presentimientos que vienen del cielo, y cuya fuerza demuestra suficientemente su origen. Creíase perdido todo documento referente a la vida de nuestras primeras Hermanas; el archivo del Hospital, cuna de nuestra Congregación, se había quemado casi por completo, en los memorables Sitios, por las granadas francesas; era pues inútil, al menos así parecía, rebuscar en los pocos papeles que quedaban. Pero ¡oh admirable providencia de Dios! El día 30 de agosto de 1922, aniversario del glorioso tránsito de nuestra Madre, una de nuestras Hermanas se dirigió llena de fe al archivo del Sto. Hospital

de Gracia, segura que allí había de encontrar algo que mostrase las virtudes de aquellas primeras heroínas. Cogió al azar uno de los volúmenes y lo primero que tropezaron sus ojos fue un escrito de la fundación, en el que se relata por menudo la venida de las primeras Hermanas y condiciones de su establecimiento. Con el corazón conmovido apresurose a dar cuenta de su descubrimiento a la Rvda. Madre General Pabla Bescós y ésta, de acuerdo con sus Consejeras, ordenaron a esta Hermana María Naya continuara sus trabajos de investigación en el referido archivo.

Imposible dar cuenta detallada de la riqueza de documentos que se han hallado; ellos bastan para reconstruir aquella vida admirable, cuyo trabajo está encomendado al M.R.P. Calasanz Rabaza, devotísimo de nuestra Madre y admirador insigne de sus virtudes. Y tanta luz arrojan los sobredichos escritos que no sólo contribuyeron a avivar la fe en su poderosa intercesión entre las Hermanas, sino que la Excma. Diputación creyó era un deber glorificar el nombre esclarecido de aquella heroína, que guardó sus mejores amores para aliviar todas las dolencias de Zaragoza. Por unanimidad acordó pedir al Ayuntamiento diera el nombre de la Madre Rafols a una de sus calles, y esta corporación, accediendo gustosa a los deseos de la Exma. Diputación, acordó también por unanimidad concederlo.

El día 15 de octubre fue el destinado para tan solemne acto, siendo la calle elegida la que hasta ese día se llamó calle de la Misericordia.

Para asistir al referido acto, llegaron de Villafranca del Panadés, cuna de la R.M. Rafols, el M.I. Sr. Párroco Arcipreste de la ilustre villa, Dr. D. Juan Badía, y el Beneficiado D. José Colomer, con una representación de aquel Ayuntamiento, compuesta de los Concejales D. Tomás Puchs y D. Eduardo Batlle.

Se dio comienzo por una fiesta religiosa en la Iglesia del Hospital, que resultaba insuficiente para albergar al numeroso público, comisiones, autoridades, clero y alto personal de la Casa. El Ayuntamiento y la Diputación dieron realce al acto, asistiendo corporalmente, junto con el general gobernador civil Sr. Sanjurjo, una comisión de jefes y oficiales de esta guarnición, representación de la Academia de San Luis y de la Real Maestranza de Zaragoza y la representación eclesiástica y municipal de Villafranca del Panadés.

Las autoridades y las corporaciones provincial y municipal, ocuparon los sitios colocados en el centro de la Iglesia, y en un lugar del presbiterio el M.I. Sr. Obispo de Zaragoza, Dr. D. Miguel de los Santos Díaz de Gómara. El M.I. Sr. Vicario Capitular, Dr. D. José Pellicer dijo una misa rezada. Terminada la misa ocupó la sagrada cátedra el elocuente orador sagrado canónigo Sr. Guallar, quien en magistrales párrafos fue relatando todo el tesoro de virtudes de esta sublime heroína, desde los primeros años de su niñez hasta el fin de su vida ejemplar. La fiesta religiosa terminó con un solemne responso, que entonó el Capítulo eclesiástico y cantaron un coro de Hermanas, bajando después todos los invitados y numeroso público, a la cripta donde reposan los venerados restos y dirigiéndose enseguida al lugar donde estaba colocada la placa, que ha de dar nuevo nombre a la calle de la Misericordia. Al llegar las autoridades, corporaciones, representaciones y público para el acto del descubrimiento de la lápida, la banda del Hospicio interpretó escogidas composiciones.

El Presidente de la Diputación Sr. Pin pronunció un hermoso discurso ensalzando a la ilustre heroína, y seguidamente el Alcalde Sr. Fabiani pronunció unas frases de

admiración a la R.M. Rafols manifestando el honor que sentía al descorrer la cortina. En este momento la banda de música interpretó la Marcha Real.

La comitiva, con acompañamiento de la banda provincial, y seguida de numeroso gentío, marchó hasta el Noviciado. Sobre la puerta principal de entrada a la Iglesia veíase entre guirnaldas de flores una hermosa lápida de mármol con dorada inscripción que las Hermanas dedican a su venerable Fundadora.

El Ilmo. Sr. Obispo de Zaragoza en la puerta de la Iglesia pronunció un discurso, magistral de erudición, explicando el hecho histórico del cual procede el escudo de la jarra y de las azucenas que campea en el Hospital de Nuestra Señora de Gracia desde su fundación.

En el salón de visitas de nuestro Noviciado, adornado con exquisito gusto, se sirvió a las autoridades y comisiones y demás invitados un espléndido lunch. Al final hizo uso de la palabra el Sr. Arcipreste de Villafranca del Panadés, Sr. Badía, visiblemente emocionado. Enalteció las virtudes de la R.M. María Rafols y, retrotrayendo también las virtudes de la raza española, recordó cómo aragoneses y catalanes juntos conquistaron mundos y ciudades, y abogó por que juntos también laborasen por el engrandecimiento de España (al terminar esta frase todos se pusieron en pie, como movidos por un mismo resorte, prorrumpiendo en prolongados aplausos). El Sr. Badía anunció que Villafranca del Panadés tenía también el noble propósito de dar el nombre de M. Rafols a una de las mejores calles de la villa, a cuyo acto, desde luego, se complacía en invitar a las autoridades de Zaragoza y sus corporaciones provincial y municipal y a cuantos quieran asistir, agradeciendo en lo más íntimo de su pecho, el homenaje a la heroína R. Madre Rafols.

Después se descubrió la otra lápida, de nomenclatura de la calle, y con esto se dio por terminado el acto.

Verdaderamente fue un día glorioso, el 15 de octubre de 1923, para la Madre Rafols, aunque no será el último, así lo creemos firmemente, siendo el preludio de otros aún más resplandecientes y luminosos, con que el Señor honrará las virtudes de su fidelísima sierva.

Cada día se van teniendo noticias de nuevas gracias que se obtienen por su poderosa intercesión, y con ansia esperamos se lleven a cabo los trabajos preliminares que son necesarios para la introducción de la causa de su beatificación.

Hora es ésta de exclamar con nuestro Director el P. Juan Buj, en la fiesta íntima que en honor de nuestra Madre se celebró en el Noviciado el mismo día 30 de agosto: “Señor, nos habéis acostumbrado a ser audaces con Vos, si ahora lo somos en demasía, vuestra es la culpa”. Te pedimos vocaciones, nos las enviaste abundantes; te pedimos un Noviciado, nos lo diste cual nunca pudiéramos ni soñarlo; te pedimos la propagación de la Congregación, nos lo habéis concedido; coronad pues vuestras dádivas con esta gracia suprema. Que brille pronto sobre la virginal frente de nuestra santa Madre, la aureola de los bienaventurados.

Una Hermana de la Congregación (A.M.D.G.)